



OPA BIC - El Monasterio

De Reggio Calabria a París

Bastó apenas el tiempo de llegar al destino del camión para que Eugenio me invitara a bajar.

Me confirmó que, tres días después, aquel mismo punto sería donde volvería a encontrarme conmigo para el viaje de regreso a casa.

Saqué el teléfono y busqué el lugar donde pasaría la noche. La distancia era de 3,6 kilómetros.

Así que eché a andar, reflexionando sobre hechos, sucesos y la extraña sucesión de circunstancias que me habían traído hasta allí, incapaz de ocultar alguna que otra sonrisa mientras esperaba llegar a mi alojamiento compartido.

Cuando por fin llegué, el edificio tenía un aspecto insólito. Era una mezcla de iglesia, molino y almacén agrícola.

Pero estaba en Francia. Las cosas que a los italianos les parecen extrañas allí suelen considerarse perfectamente naturales. O al menos, eso creía yo.

Pulsé el interfono. En lugar de un timbre, oí el tañido de una campana, del mismo tipo que se usa en las iglesias cuando se celebra la comunión.

Apareció un hombre bajo. Calvo. De barba oscura. Vestido con hábito de monje.

Le expliqué que había hecho una reserva y que ya había pagado por internet. Cogió mi documento de identidad, comprobó los datos, me entregó la llave de la taquilla número tres, me dio una nota con la contraseña del wifi y luego me acompañó hacia la habitación compartida.

Mientras caminábamos, me preguntó qué me había traído a París. Respondí: «Mujeres.»

En el instante en que lo dije, tuve enseguida la sensación de que algo se me escapaba a la comprensión. Pero ¿qué?

Él siguió caminando delante de mí. Unos momentos después abrió una gran puerta y me invitó a pasar.

Entré en lo que parecía un almacén con sesenta literas y solo dos baños.

Las mujeres a la derecha. Los hombres a la izquierda.

Ni siquiera durante mi servicio militar italiano de 1984 había vivido nada ni remotamente comparable. El barracón más grande que jamás había visto alojaba a veinte personas.

Aquí, en cambio, mi colega de hace dos mil años parecía empeñado en mandarme otro mensaje: «Frega, aún no has visto nada.»

Me encontré dentro de un mercado de personas de todas las naciones y todas las tradiciones. No era una habitación compartida. No era un albergue. Era algo enteramente distinto.

En Italia, un lugar así habría causado indignación pública, atraído investigaciones judiciales y dominado los informativos. ¿Aquí? Perfectamente normal. Bienvenido a Francia.

Y sin embargo, la institución era de naturaleza católica, y yo quería entender cómo podía existir semejante cosa.

Con el tiempo descubrí que pertenecía a una congregación religiosa dirigida por una orden católica cuyo cardenal había sido en su día excomulgado por el Vaticano porque se había negado a amoldarse al formato establecido.

Así que había creado un sistema propio.

Tras conectar mi teléfono a la red wifi, llegó un mensaje de Chanel. Preguntaba si había llegado bien, en qué hotel me alojaba, y me comunicaba que, si le daba la dirección, vendría en persona a recogerme a la mañana siguiente para nuestra cita.

Respondí que había llegado hacía solo un rato. El viaje había ido extremadamente bien. Y en cuanto al hotel, había tenido la amabilidad de facilitarme coche y chófer, de modo que ya dispondría de transporte a la mañana siguiente. No obstante, le agradecí el ofrecimiento.

Aquella noche, dentro de la sala común, sucedió algo inesperado. Un grupo de personas de origen indio y otro grupo de Brasil escuchaban la misma música al mismo tiempo.

Cuanto más escuchaba, más familiar me sonaba. Entonces me di cuenta de por qué. Estaban en gillettenarrative.com.

Eso era lo que mi colega de hace dos mil años había querido que viera. Y me hizo feliz.

A la mañana siguiente, tras recorrer mis tres kilómetros, tomé el metro hacia los Campos Elíseos y llegué con bastante antelación.

Me detuve delante de la entrada. Por un momento me pregunté si estaba haciendo lo correcto.

La respuesta era sí. Porque no le estaba pidiendo dinero a nadie. Y era libre de escuchar al mundo.

Ferdinando